# Deslinde 2-3

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Septiembre-Diciembre de 1968 Enero-Abril de 1969 Dialéctica de generaciones



Leopoldo Zea: Dialéctica de generaciones
Wonfilio Trejo: Dos momentos del pensamiento filosófico contemporáneo
Felipe Campuzano: Una perspectiva del sentido actual de la filosofía
José Agustín: Los monstruos sagrados del cuento mexicano
Wilberto Cantón: La querella de las generaciones en el teatro mexicano
Tomás Segovia: Notas escépticas sobre generaciones poéticas
Abelardo Villegas: México ¿una democracia capitalista?
Jesús Velasco: Significado actual de la pintura mexicana
José Antonio Matesanz: El joven historiador ante las generaciones
DESLINDE DE DESLINDE
Justino Fernández: Un simposio sobre no arte



VARIA

#### UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

### Deslinde

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras Aparece cada cuatro meses

Director Leopoldo Zea

Secretaria Rosa Krauze

Consejo de redacción Luis Villoro Rosario Castellanos Jorge Alberto Manrique Margo Glantz Luis Rius Luisa Josefina Hernández

Primera edición: 1969

© 1969, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.
Dirección General de Publicaciones
Impreso y hecho en México

UN10685

15100

# Desinde @ 100

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Año I. Número 2-3. Septiembre-Diciembre de 1968 - Enero-Abril de 1969

### Sumario

Leopoldo Zea Dialéctica de las generaciones 3

Wonfilio Trejo Dos momentos del pensamiento filosófico contemporáneo 8

Felipe Campuzano Hacia una perspectiva del sentido actual de la filosofía en México 19

José Agustín Los monstruos sagrados del cuento mexicano 31

Wilberto Cantón La querella de las generaciones en el teatro mexicano 36

Tomás Segovia Notas escépticas sobre generaciones poéticas 55

Abelardo Villegas México ¿una democracia capitalista? 65

Jesús Velasco Significado actual de la pintura mexicana 80

José Antonio Matesanz El joven historiador ante las generaciones 97

#### Deslinde de deslinde

Justino Fernández Un simposio sobre no arte 109

#### Varia:

Artes Plásticas Jorge Alberto Manrique 112

Debate clásico sobre teatro clásico Margo Glantz 114

Marcuse y el positivismo lógico Abelardo Villegas 116

Palabras al margen de León Felipe Luis Rius 118

# EL JOVEN HISTORIADOR ANTE LAS GENERACIONES

## José Antonio Matesanz

Los norteamericanos, que gustan tanto de regir su vida y explicar sus acciones por medio de las estadísticas, han determinado que un científico dedicado a estudiar la naturaleza o las ciencias físico-matemáticas, da lo mejor de sí -es decir, su aportación personal, original a la ciencia que estudia- entre los 15 y los 35 años. En los Estados Unidos después de los 40 se considera que su creatividad se ha agotado, y se ve como cosa normal que ocupe o se le haga ocupar puestos administrativos o de representación, y que se dedique a la enseñanza o a investigaciones divulgativas de las cuales no se espera nada nuevo. En cambio, al que se dedica a las ciencias sociales y a las humanidades, se le calcula un periodo de acción revolucionaria en su disciplina que va entre los 30 y los 60 años aproximadamente, y aún más allá.

Es probable que los norteamericanos tengan razón en sus estadísticas. Si se piensa que un biólogo o un químico sienten haber dado un paso adelante si logran integrar al mismo tiempo 5 o 6 variables de entre las que ofrece su disciplina, un histo-

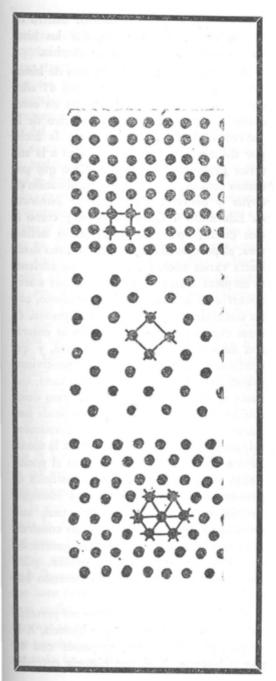
riador que manejara solamente el mismo número estaría incurriendo en imperdonable pecado de simplismo. En efecto, las variables que exigen que se las tome en cuenta, y en su relación con las demás, dentro de las ciencias sociales y las humanidades, son tan numerosas y tan complicadas como para exigir para su manejo cabal un cerebro maduro, experimentado, leído, y vivido. Es por ello que un historiador, un sociólogo, un filósofo, a los 55 años pueden ser aún considerados como "jóvenes brillantes, con futuro", con la mayor parte de su función creadora por realizar; un físico o un químico, a los 55 años, profesionalmente está acabado.

¿Pero quién ha hecho una verdadera correlación entre edad y capacidad creadora? A los 36 años Mozart muere después de haber creado en gran forma a pesar de su juventud; a los 80 muere Goethe después de haber creado aún hasta durante su vejez; otros mueren a los 25, como Beardsley, o como Dilthey a los 80, "prematuramente". ¿Quién puede decir entonces cuándo un historiador o un filósofo están verda-

deramente en su momento, en su plenitud, en la flor de su edad, que es decir en la flor de sus funciones creativas . . . si a los 20, a los 40 o a los 80 años? Algo debe andar mal en las estadísticas norteamericanas a pesar de todo, y quizá la única forma en que se las puede tomar en serio es imaginándolas como un índice para guiar la elección de profesores en las universidades, como una línea específica de acción para programar la vida académica, como política, en fin. En México, en todo caso, no tenemos estadísticas. La vida académica de la Universidad Nacional continúa aún sin programarse -o por lo menos sin programarse de acuerdo a estadísticas e índices de este tipo. No tenemos ninguna guía -ni siquiera política- para determinar a qué edades un historiador es joven o es viejo. Habría que definir en todo caso qué es la juventud y qué es la vejez. Y en esto creo que, lo primero, no es una cuestión de edades; lo segundo, que sí es una cuestión de capacidad creadora. Se es joven cuando se crea; se es viejo cuando ya se ha perdido esa facultad creadora -es decir cuando se es estéril. Y conociendo casos tan contradictorios como los de Mozart, Goethe, Beardsley, Dilthey y el general De Gaulle -y conocerlos no es más que una de las funciones específicas del historiador-, no podemos menos de concluir que en esto de los jóvenes y los viejos no hay regla fija, a menos que lo pongamos en una fórmula ritual como la que dice: "Se puede ser viejo a los 20 y joven a los 80", fórmula radical y extrema que nos permite referirnos otra vez al prejuicio de la edad, contra el cual, a pesar de todo lo que se diga en contrario, hay que luchar constantemente.

Por lo anterior venimos a concluir que, por lo que respecta al primer enunciado del título de este artículo: "El joven... historiador ante las generaciones", no podemos encontrarle el sentido. No tiene sentido hablar de juventud y vejez. Por lo que respecta al segundo enunciado de nuestro título, "historiador", preferiría tal cual substituirlo por el de "estudiante de historia". Además de poseer la altísima cualidad de sonar como si fuera humilde y de significar algo en realidad muy soberbio (complementación irónica esta que a los humanistas les provoca una sonrisa maligna), la expresión de estudiante de bistoria designa precisamente al antiguo historiador por lo que es hoy. Y hoy es un estudiante de historia. Estar dentro de una profesión, sea ésta la de ingeniero, la de cura o la de historiador, significa precisamente continuar, toda la vida, como estudiante de su especialidad.

"Ante las generaciones." Por "ante", supongo, se ha de querer decir cuál es mi actitud y mi juicio frente a las generaciones. ¿Pero qué se quiere decir con "generaciones"? Ya se ha escrito mucho sobre este concepto, y no es cuestión aquí de hacerle su historia. Tenemos que determinar entonces en qué sentido -si no lo es en ese sentido de historia de la idea- hablamos aquí de generaciones. Creo que para empezar, todo mundo aceptará que no es cuestión estricta de edades -aunque las edades, por lo general, coincidan con una diferencia del 20 al 25 por ciento, digamos-, y sí lo es de formación. Se pertenece a una generación por la formación, y sabemos que esta formación puede estar vigente por muchos años, tantos, que podría abarcar varias generaciones



de hecho si las contásemos por edades. Sabemos también que esta formación puede en un momento dado cambiar de signo, incluso bruscamente, a saltos -de ahí las revoluciones. \* Así que es cuestión de plantearse inmediatamente la pregunta ¿qué tanto han cambiado las generaciones de estudiantes de historia jóvenes y viejos. en México, en los últimos 20 a 30 años? Ha habido cambio de signo, de actitud ante la disciplina de la historia, cambio de rumbo en lo que busca el estudiante de historia? En otras palabras, preguntaríamos si nuestro tiempo está todavía en crisis tal como lo estaba en 1918, pongamos por caso. En 1968 podemos preguntarnos otra vez si nuestro momento historiográfico puede encuadrarse en un movimiento de renovación al cual pudiéramos todavía considerar como crítico y revolucionario. A todos nos atraen los momentos críticos allá en el fondo, a pesar de lo que podamos decir en su contra. Es halagador pensar que vivimos en un tiempo crítico. Pero lo que es importante determinar es si es cierto.

Vamos a dejar el título como "El estudiante de historia ante las generaciones", entendiendo por estas generaciones a todos aquellos que han cultivado la historia de México desde 1940, aproximadamente, hasta hoy en día. Podría quedar también como "El estudiante de historia ante sus maestros". Si agregamos a esto la aclaración de que un estudiante puede ser maestro, y que un maestro es siempre un estu-

<sup>\*</sup> Sabemos, por último, que la formación puede y debe abarcar, de hecho, toda una vida.

diante, estamos listos para poner un poco de carne en el asador. Todo artículo que se respete, después de haberse metido con su título y de haberle determinado uno nuevo, más exacto —la preocupación por la exactitud semántica es uno de los incorregibles vicios del humanista, puesto que toda discusión sobre un tema acaba siempre en una discusión sobre el significado de las palabras que se usan—, uno que esté más de acuerdo con los prejuicios peculiares del que escribe, tiene que justificar su existencia ocupándose precisamente de lo que ese título, sea el nuevo o el viejo, indica.

No tenemos más remedio que llamar en nuestro auxilio a esa pasión por clasificar las cosas según un criterio temporal; no en balde se llama uno estudiante de historia, y no en balde es el tiempo el distintivo más característico del modo como ve las cosas la historia. Es en el tiempo, precisamente, donde hay que buscar los cambios de rumbo y signo de nuestra disciplina. Pero no cualquier cambio, sino aquellos, más profundos, que nada tienen que ver con el número de generaciones físicas que se han sucedido, y sí tienen que ver con los cambios en la filosofía de la historia que sustenta una generación; filosofía que es la importante porque es ella la que nutre y sustenta, como "sistema" quizá, toda una inmensa variedad de actividades historiográficas. Nos interesan los momentos en que la filosofía de la historia sustentada por una generación, llega a su crisis para ser substituida por otra. Y no porque estos tiempos sean revolucionarios -los tiempos de paz y calma pueden ser también muy atractivos y muy significativos dentro de la historia—, sino para señalar los hitos de un proceso en constante cambio.

A la generación de estudiantes de historia que oscilan entre los 55 y los 65 años correspondió librar la lucha que en otros campos humanistas libró el Ateneo de la Juventud desde 1908: es decir, la lucha por desacreditar y poner en crisis a la anterior generación positivista. Creo que podemos considerar la fecha de publicación de Crisis y porvenir de la ciencia histórica, de Edmundo O'Gorman (1947) como la que cierra, con una condenación definitiva, el proceso abierto al positivismo desde hacía varios años. De entonces en adelante se empieza a aceptar en México una nueva filosofía de la historia: el historicismo, con las naturales excepciones, por supuesto, de unos cuantos rezagados que no se enteraron de qué lado soplaba el viento, y que confirman la tesis de que el positivismo prendió tan bien en el alma mexicana, que hasta el día de hoy nos sale al paso desde muchos lados; el más conspicuo desde luego, es el lado de la ideología gubernamental, siempre la última en ponerse a la moda. Pero es el caso que mal que bien el positivismo cumplió con su misión histórica de proveer a un régimen de una ideología prestigiosa y con linaje intelectual, aun cuando no haya sabido o podido construir a largo plazo. Mal que bien la generación positivista cumplió con su misión. ¿Con qué misión ha cumplido la generación historicista?

En el fondo, el historicismo no pretende más que afirmar que todo es historia. A la pregunta ¿qué somos?, responde con un somos historia. Y si por historia entendemos, básicamente, la disciplina cuyo signo característico es el tiempo, no será difícil aceptar que el historicismo ha tenido un gran éxito, si no como sistema, tal cual y con ese nombre, sí como una de las influencias determinantes en todo campo del pensamiento. La revolución más importante del siglo xx, la efectuada por Einstein en el campo de la concepción del universo, podría expresarse en pocas palabras como el descubrimiento de la cuarta dimensión, es decir de la dimensión temporal. Ateniéndonos únicamente a las ciencias sociales v a las humanidades, vemos que todas se han temporalizado. La sociología, la antropología, le geografía cultural -por no citar sino unas cuantas de entre las muchas especialidades que existenutilizan hoy el tiempo, el tiempo histórico, con una sofisticación tal que se pregunta uno asombrado si no son, ellas, historia también. Paradójicamente pudiera parecer que al prestar su más preciado distintivo, al ser adoptado por tantas disciplinas, la historia se ha visto empobrecida y despojada de lo que es su forma típica de ver las cosas. Porque aun estas cosas de que la historia se ocupa, se han extendido de tal modo que abarcan una atiborrada muchedumbre de temas, desde la historia de la formación de las ciudades griegas hasta la del estilo Chippendale, pongamos por caso. Y es esta proliferación de historias lo que hace tan confuso el panorama de la literatura historiográfica actual, y lo que hace preguntarse al estudiante de historia cuáles son los límites de su disciplina, cuál es su objeto. Y la historia declara que su objeto, las cosas de que se ocupa, son todo lo específicamente humano. Como todo es humano en este mundo, la historia, vorazmente, se lo apropia todo.

La historia no se ha empobrecido un ápice. Al contrario, esta aceptación del tiempo por otras disciplinas constituye el enriquecimiento más importante que haya sufrido -o gozado- en el siglo xx. El historicismo ha tenido razón, pues, al pretender que en todos los campos del conocimiento puede tomarse al factor tiempo como un punto de partida importante, como una óptica centralizadora que incluye también el otro factor básico de la historia: el espacio. Y es de esperar que, precisamente, sea a través de la historia que las demás disciplinas humanísticas alcancen por fin esa unidad de métodos, de objetos y de sentidos que parece constituir una de sus ambiciones más importantes y más tenazmente perseguidas; que llegará un día en que no se hablará más de sociología, de antropología, de historia o de filosofía como de disciplinas independientes unas de las otras, cada una con sus propios objetos y sus propios métodos, sino pura y llanamente de conocimientos, de ciencia, de un conocimiento y una ciencia a la que suponemos como un todo orgánico que incluiría todos los resultados de todas las disciplinas. Y no es cuestión de construir nuevos sistemas metafísicos; es más bien cuestión de empujar hasta las últimas consecuencias lo que cada una de estas disciplinas ha encontrado de cierto; al final se verá si estas certidumbres, estas verdades coinciden básicamente, trátese de verdades geográficas o verdades antropológicas. Esta tarea última de organización de la ciencia corresponde en primer lugar al filósofo, convertido nuevamente en físico, y aun en metafísico, y

en último y más importante lugar al teólogo. \*

En México sufrimos todavía las consecuencias de la violenta reacción antimetafísica y antiteológica que impuso a la vida académica el positivismo representando por Barreda. Después de la Revolución se logró reintegrar la metafísica en el lugar que le corresponde dentro del curriculum filosófico, pero todavía no se logra que la teología se elabore, se enseñe y se estudie fuera de los seminarios.

Por lo que se refiere a la historia a secas, en México no ha existido en lo que va del siglo; no ha existido ni siquiera antes. La última interpretación de gran vuelo de nuestra historia, la de Justo Sierra, apareció con el significativo título de La evolución política del pueblo mexicano; evolución política, pues, no historia. A pesar de haber sido uno de los positivistas más destacados del régimen porfirista, Sierra supo evitar los aspectos más mezquinos de esta filosofía de la historia. Las ideas de evolución y progreso no las mezcló con los conceptos darwinianos de lucha por la supervivencia y la supervivencia de los "mejores". La evolución del pueblo mexicano, en su obra, adquiere la generosa imagen de un proceso que tiende hacia la conquista de una mayor libertad en todos los órdenes de la vida. Por supuesto, Sierra tuvo que acudir a la historia para poder desarrollar sus tesis, pero se vio obligado a suplir con intuiciones muchas veces geniales la falta de un cuerpo verdaderamente organizado y verdaderamente completo de conocimientos sobre la historia de México. Es ese cuerpo el que ha venido organizándose en nuestro siglo. Se ha renunciado más o menos conscientemente a intentar otras síntesis de nuestra historia -que por muy cargadas que estén de intuiciones valederas no tienen un fundamento sólido- antes de que se llenaran las enormes lagunas que existían en ella. De hecho los únicos libros que se atreven y se han atrevido a aparecer en nuestro ambiente con el lacónico y grandioso título de Historia de México, han sido y son los libros de texto de primaria, secundaria y preparatoria. Al nivel universitario los libros de texto no existen, pero sí existen, en cambio, los de historias especializadas, de tales o cuales tendencias. Desde 1930 hasta la fecha, aproximadamente, podemos distinguir varios grupos y varias actitudes.

Está el grupo que se ha dedicado a la historia del arte en México: Manuel Toussaint, Salvador Toscano, Justino Fernández, Francisco de la Maza, por no citar sino a unos cuantos. A ellos ha correspondido revalorizar el arte mexicano. Los métodos han sido los de siempre, los de toda investigación seria: acumulación de los materiales, crítica de los documentos, elaboración escrita de los resultados. En los métodos no hay verdaderamente sorpresa, porque si es cierto que el historicismo se opuso al positivismo, también es cierto que como todo hijo bien educado no dejó de retener algo del padre aun en el momento del rechazo y de la mayoría de edad. En la filosofía de la historia que los informa

<sup>\*</sup> Ciertamente, no al teólogo tradicional, escolástico y racionalista, sino a aquel que podríamos llamar el teólogo científico tipo Teilhard de Chardin.

tampoco hay gran sorpresa, puesto que ésta ha sido la historicista. Los prejuicios subyacentes en esta actividad de revaloración son los que tienen mayor interés, y para concluir pronto podemos llamarlos "prejuicios nacionalistas". En efecto, consciente o inconscientemente -y prefiero creer que es conscientemente porque después de todo los prejuicios son legítimos e inevitables-, esta revaloración del arte ha tenido como resultado real, en la vida de México, una exaltación del espíritu nacionalista. Es lógico que así suceda: al tomar conciencia de que tenemos una gran tradición artística los mexicanos no podemos menos que sentir inflado el orgullo patrio. Cuando se habla y se demuestra que tenemos la mejor arquitectura barroca del mundo, una de las estatuarias más elaboradas y magnificas del mundo en la de los aztecas, y un movimiento pictórico de primer orden en el siglo xx, lo que se está haciendo, en el fondo, es poner un puntal más en la construcción del complicado edificio nacionalista, edificio que encuentra expresiones tan concretas como los museos de antropología, del Virreinato y de Arte Moderno. Y es significativo que esta revaloración de nuestro arte se haya extendido no solamente al arte indígena -el cual está lo suficientemente lejano en el tiempo como para permitir una ojeada desapasionada, y que está lo suficientemente cercano a una mitología nacionalista que nos es muy querida: se declaran descendientes de Moctezuma hasta los criollos hijos de españoles. El arte colonial, olvidado durante el siglo xix por ser producto de españoles, es revalorizado también y aceptado como nuestro, como entrañablemente nuestro, como mexicano. Los tres siglos de dominación española están ya lo bastante lejanos como para que nadie tema una recaída, y a pesar del sentimiento popular (y el "culto", que también existe) en contra del "gachupín", se ha convivido ya tanto y tan íntimamente con él que se empieza a tomar conciencia de que es una figura muy nuestra, de que los "gachupines" no existen más que en México y en otros países de América Latina, y no en España. Pero no solamente el arte indígena y el colonial; también el moderno ha sido integrado en un esquema nacionalista mexicano.

Ya se ha dicho hasta el cansancio que el término mexicano no tiene sentido sino desde que la nacionalidad mexicana inicia su formación a través de un proceso de diferenciación estricta, desde que el mexicano ya no quiere ser ni español, ni indio, ni criollo, ni mestizo, sino simplemente mexicano. Pero este proceso de diferenciación, esta construcción de una nacionalidad (nacionalidad quiere decir para mí "personalidad") está todavía en proceso, todavía no alcanza esa cristalización que permitiría considerar a México como una nación madura. La inmadurez de México como nación puede notarse en muchos detalles, desde el hecho de que Samuel Ramos y Octavio Paz se pregunten por el ser del mexicano y se contesten con ensayos de psicología social, de historia y de lingüística, pasando por una gama variada de hechos tales como el escándalo producido en torno a la publicación de Los hijos de Sánchez, hasta la plaga periodística de ya larga memoria que consiste en informarnos que en México tenemos "la mayor plaza de toros del mundo", "el estadio más grande del mundo", "la presa más grande de Latinoamérica".

Pero precisamente una de las formas de alcanzar la madurez consiste en conocer nuestro pasado. Cierto que las generaciones anteriores tuvieron también su propia historiografía, ellas también conocieron su pasado. Pero cada generación necesita construir una visión propia, y para nosotros este conocimiento estaba demasiado teñido de mitos v falsedades, comprensibles si se quiere, teniendo en cuenta el grado de desarrollo nacional, pero inaceptables desde el punto de vista de la historia como disciplina. Pero más importante aún que conocer nuestro pasado con rigor científico es aceptarlo integramente, traiga lo que traiga. Y hacia este conocimiento y esta aceptación, cada vez más profundos v cada vez más amplios nos ha llevado en el campo de la historia del arte el grupo iniciado por Toussaint. La historia del arte ha sido un factor importante en la formación nacionalista mexicana en los últimos años, un arma de tanto filo como el proporcionado por la historia política y quizá aun de más, puesto que procura ganar su caso con razones y con documentos y no con discursos patrióticos.

Otro grupo de estudiantes de la historia mexicana que también ha contribuido poderosamente a la revaloración de lo mexicano a través de nuestro pasado, ha sido el que partiendo de Manuel Gamio encuentra sus expresiones más acabadas en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en el Instituto Nacional Indigenista. En varios campos —antropología, lingüística, historia, filosofía incluso— este grupo ha descubierto aspectos antes ignorados de

nuestra realidad histórica. Pero no se descubre sino lo que se quiere descubrir, y este ir continuamente de los documentos y los monumentos al libro de divulgación sobre tal o cual aspecto de la historia de México constituye, en el fondo, una manifestación más del espíritu nacional mexicano que se está construyendo. Pero visto desde otro ángulo, ¿no indicarán estos esfuerzos para conocer y valorar nuestro pasado que México está, como nación, a punto de madurar, o por lo menos en camino de lograrlo?

Un signo de madurez sería la aceptación plena y sin reservas de los extranjeros que viven entre nosotros identificados con la vida nacional, y mejor aún, la aceptación plena de los extranjeros que nos escriben nuestra historia o nos ayudan a escribirla. Al hablar de historiografía en México —y de filosofía y de muchas cosas más— es necesario mencionar esepcíficamente al grupo de españoles que recalaron en nuestro país al finalizar la guerra civil. Lo que importa aquí es señalar a los que tuvieron influencia en el campo de la historia. José Gaos en primer lugar.

Con su actividad como maestro y escritor, Gaos ha dejado una huella profunda en el cultivo de la historia en México —para no hablar del cultivo de la filosofía—, por dos razones principales. La primera es que formó y sigue formando a varias generaciones —generaciones que a su vez se supone formarán a otras— en el uso estricto y exacto de una terminología filosófica e histórica de uso corriente en Europa pero aquí desconocida en su mayor parte. La segunda consiste en que, típico de una tradición que pasa por Bergson, Ortega y

Gasset y Groce, y que a falta de una mejor palabra llamamos historicismo (quizá convendría proponer el uso del término "historia relativista") incitó a los filósofos a ocuparse de cosas concretas (a sensualizarse, en otras palabras); a ocuparse de las ideas, pero no de las ideas "como tales", sino de las ideas encuadradas en su peculiar circunstancia de tiempo y espacio, es decir, incitó a ocuparse de la historia de las ideas nacionales. Y como no podía ser menos, tal historia se enfocó en primer lugar hacia el estudio de temas mexicanos, como los de Zea sobre el positivismo y los de Villoro sobre el indigenismo y la Revolución de Independencia. Historia de las ideas, ciertamente, de las ideas mexicanas, y en un sentido más amplio y generoso, filosofía de la historia... mexicana.

Otro grupo de estudiantes, el formado y alentado por Edmundo O'Gorman, se ha ocupado también de historia de las ideas; pero no de todas las ideas, sino de un sector de entre ellas que podemos englobar en la expresión "historia de las ideas sobre la historia". Ahora bien, como las ideas sobre la historia están expresadas en un cuerpo de literatura, en un género literario específico, la historia se convierte aquí en bistoria de la historiografía. Lo cual está bien, siempre y cuando no se considere que la historiografía es el único objeto que puede tener la historia. La historia puede y debe tener como objeto cuantas actividades haya emprendido el hombre desde su aparición en el mundo.

A las dos concepciones anteriores de historia de las ideas ha querido oponerse en algunas ocasiones —de rencilla doméstica— la de la historia socioeconómica. Sin embargo, no hay en realidad oposición alguna: ambos tipos de historia se complementan. Y es que, en efecto, la historia de las ideas resulta una pura construcción racionalista y especulativa si no se la ata fuertemente al plano de lo concreto-humano con el hilo de otras realidades humanas, sean éstas las que agrupamos bajo el rubro de la política, la sociedad, la economía, la religión o la cultura. Cada una de ellas no nos da más que un peculiar punto de vista, una perspectiva donde colocarse para ver los temas comunes a todas ellas, es decir los temas humanos. La historia socioeconómica, a su vez, resulta incompleta si no está provista de una historia de las ideas, de una filosofía de la historia. Y no es cuestión de suponer que la historia socioeconómica sea necesariamente marxista, aunque puede serlo y lo ha sido en ocasiones. Lo que el marxismo sí ha conseguido plenamente, es forzar a todo mundo a echar una mirada a esas realidades sociales y económicas que habían estado descuidadas por tanto tiempo. Puede considerarse, en efecto, que la historia socioeconómica, si en su ejercicio no es necesariamente marxista, sí está poderosamente influida por esa filosofía. Los estudiantes de historia se han visto forzados a aprehender una porción de realidad histórica, antes ignorada, a través de la medición. Y la medición, es decir la expresión de ciertas realidades sociales y económicas a través del número, es una de las exigencias "científicas" del marxismo. Sin embargo, nadie ha hecho todavía historia marxista, en México, en serio. No podemos considerar marxistas a los que se limitan a proclamarse como tales sin justificar de hecho su pretensión.

En México ha cultivado la historia socioeconómica, con calidad, José Miranda con su estudio sobre el tributo indígena en Nueva España. Sobre temas mexicanos la ha cultivado la "escuela de Berkeley", representada principalmente por Carl Sauer, quien la enriquece con su gran talento como geógrafo, y por Woodrow Borah y Sherburne Cook, quienes han aplicado técnicas rigurosas a la demografía histórica y determinado cifras, para la Nueva España del siglo xvi, que todavía son motivo de controversia. Lo curioso es que a pesar de la validez demostrativa de los ensavos de Borah y Cook, en México se les juzga todavía no por su mérito intrínseco, sino por los conflictos de interpretación históricomoral que provocan, ya no a la corriente indigenista mexicana sino a la hispanista.

También han cultivado la historia socioeconómica de México los franceses, la escuela que partiendo de Bloch, de Lefèbvre y otros, ha producido estudios como los de Pierre Chaunu. La escuela francesa está influida en gran medida por la filosofía marxista de la historia. Pero no todos los franceses son marxistas; algunos hay, como Robert Ricard y François Chevalier, que a pesar de utilizar también los resultados logrados por la historia socioeconómica, tienden a una visión más integral, más histórica, que no llega a los excesos de un Chaunu, en cuya obra la historia se deshumaniza en largas listas de precios y de tonelajes de comercio.

En general, desde un punto de vista que uniera lo teórico con lo práctico, puede considerarse que si la historia socioeconómica mide, es porque se ocupa de realidades susceptibles de medición; es caracte-

rístico que sus temas más socorridos sean la demografía y la historia de los precios. Por su parte, la historia de las ideas no lo hace porque sus objetos no se prestan a este tipo de tratamiento. La diferencia entre ambas, pues, residiría en los objetos de que tratan desde una peculiar perspectiva, impuesta por la naturaleza misma de las ideas o de la sociedad y la economía. Entonces la legitimidad de la historia, a secas, las verdades y el conocimiento que ha logrado determinar, tiene que consistir necesariamente en que los resultados de todos los tipos de historia —de las ideas, socioeconómica, política, cultural, biográfica, etcétera- coincidan, es decir, en que nuestro conocimiento histórico constituya un todo orgánico y coherente. Y que si cada una de estas historias tiene una perspectiva peculiar, todas esas perspectivas se unan en una sola, que sería la de la historia total.

Pero la historia total no existe todavía. A estas alturas, 1968, el proceso de su construcción es todavía eso, un proceso, y como todo proceso verdadero de naturaleza básicamente ecléctica. Pero no por ecléctico podemos considerar que nuestro tiempo -entendiendo por él al posterior a la segunda guerra- sea uno de crisis. La primera mitad del siglo xx fue testigo de crisis en todos los órdenes, pero es la hora de preguntarse si esa crisis no se está resolviendo ya, precisamente en un proceso de construcción de un mundo nuevo, con una nueva política, una nueva ciencia y una nueva moral, que todavía no cristalizan en algo donde podamos vernos reflejados verdadera y claramente. La historia no es más que uno de los factores en este proceso. La historia mexicana, por su parte, ha venido

construyéndose desde diferentes puntos de vista, desde diferentes perspectivas. No ha habido una filosofía de la historia que substituyera en bloque al positivismo, y el panorama que nos presenta es por tanto uno de confusión y lucha: tenemos neopositivismo, historicismo, nacionalismo (tanto indigenista como hispanista), brotes de marxismo, historia de las ideas, socioeconómica, de la cultura, política, etcétera. Y es que cada época necesita construir su propia historia, su propia interpretación del pasado -todas creen, con razón, que el mundo empieza con ellas- y la nuestra quiere construir la suya en totalidad. Totalidad que se expresa, por lo pronto, eclécticamente, es decir, desde una perspectiva que toma sus métodos, sus objetos y sus filosofías de cualquier parte en que se encuentren, que niega y destruye lo hecho anteriormente cuando lo considera obsoleto, y que propone nuevas interpretaciones según va descubriendo aspectos antes ignorados de nuestra historia. No por ello habrá que pensar que la historia no tiene sentido por esa aparente anarquía y esa aparente atomización: su sentido consiste en la aportación que hace a la toma de conciencia sobre lo que es el hombre, y en su afirmación, en última instancia, sobre la unidad profunda del hombre precisamente a través del tiempo y del espacio -no más allá de ellos-, precisamente a través de su variedad.

Así, aparte de reinterpretar la ya larga tradición historiográfica que poseemos —actividad legítima siempre y cuando no se vuelva a caer en los errores cometidos anteriormente, y no se revivan artificialmente conflictos y problemas que ya están



resueltos, y siempre y cuando se haga estrictamente de acuerdo con las normas de la disciplina de la historia- la tarea del estudiante de historia consiste en arrojar luz, y luz viva, sobre tantos aspectos de la historia que todavía ignoramos; consiste en tomar conciencia. Y es característico del momento evolutivo que vive México, el que la historia que aquí se escribe sea en el fondo nacionalista, y que sea el nacionalismo uno de los factores comunes que unifican a las diferentes facciones de estudiantes de historia. Como tal, el nacionalismo es una etapa necesaria y legítima en la evolución de todo pueblo, de toda sociedad que lucha por constituirse en una entidad distinta de las demás, con su personalidad propia como nación. De lo que hay que tener cuidado es de evitar que degenere en chauvinismo, que en nuestro caso sería el chauvinismo de la debilidad -no parece haber realmente peligro de que degenere en nacional-socialismo, puesto que nos falta la fuerza, el "espacio vital" donde extenderlo, y la vocación.

Lo que hay que procurar, también, es integrar esa historia nacional en sectores más amplios, no parar hasta que podamos verla integrada en la historia de la humanidad. Y esto empieza a hacerse en México desde el momento en que los estudiantes de historia se ocupan, aparte de la historia

nacional -e incluso a partir de ella- de la historia de toda América y de sus relaciones con la nuestra: Silvio Zavala sobre el imperio español en América, Leopoldo Zea sobre la filosofía hispanoamericana, Carlos Bosch sobre las relaciones diplomáticas de México con otras naciones, etcétera.

Sería mucho esperar que en esta segunda mitad del siglo xx, México llegase a tener una ideología humanista, y que nuestra profesión tuviera hoy la misma importancia social que tiene la de arquitecto, pongamos por caso. Porque desde otro punto de vista, la historia se justifica no solamente por su capacidad de "predecir el pasado" (permítaseme la expresión), sino por su capacidad de construir y explicar el presente en vista de la predicción tanto del pasado como del futuro. El estudiante de historia puede ser también un técnico social, y podemos esperar que en nuestro país llegue el momento en que se le tome v se le ocupe como tal.

Y en un plano distinto, el plano del conocimiento y de la ciencia, el estudiante de historia tiene que luchar porque su disciplina se integre con las demás, porque haya no solamente historia total, sino conocimiento totalmente integrado, y porque, al fin, todas esas disciplinas alcancen

su unidad orgánica.